



MARICHU

LUIS DE OCHARAN MAZAS

---

# MARICHU

EXPIA DE SO...  
CLARÍS DE OCHARAN MAZAS Y  
YLS DE OCHARAN MAZAS

---

SEGUNDA EDICIÓN

---

LUIS GILI, LIBRERO-EDITOR

CLARÍS, 82, BARCELONA

— 1918 —



D. LUIS DE OCHARAN MAZAS  
Autor de la novela "Martín"

## CAPÍTULO I

### FLAVIÓBRIGA

Pintoresca en extremo era la villa donde acontecieron, bastantes años, muchos años ha, los sucesos de esta narración. La llamaremos Flavióbriga, por cuadrarle bien el nombre, pues los romanos, en época de sus Emperadores, allí se enseñorearon, y los diversos tesoros arqueológicos, encontrados en su perímetro y cercanías, confirman esta verdad, y entre los pueblos de Cantabria, que creen y sostienen que en su actual recinto fué un día la ciudad de Flavio, es sin disputa nuestra villa la que con más sólidos fundamentos puede justificar este supuesto, teniendo a su favor mayor acopio de testimonios para demostrar la razón con que tal pretende y asegura.

A quién me objete por qué, cómo y cuándo la que llamamos ahora villa fué un día ciudad, contestaré a la objeción que arqueólogos, historiadores y filósofos ha tenido y tiene nuestra Patria, que le sabrán responder, sin que el cuándo, cómo y por qué importe un ardite a la verdad manifestada. Por eso seguiremos llamando villa a Flavióbriga, no sin antes y desde ahora pedir perdón por todas y cada una de las veces que cometamos este pecado.

Tan resueltamente avanza la villa hasta el mar, que cuando éste, hinchando el espumoso seno, estrella su furor contra las rocas donde se asienta, no sólo baña parte del caserío, sino los edificios más elevados.

Caracteriza sobremanera a Flavióbriga el grandioso grupo compuesto por la monumental y artística iglesia de Santa María, el castillo y la ermita, hoy mirador de Santa Ana; ermita, castillo e iglesia basados sobre las ingentes rocas que surgen perpendiculares desde el fondo del mar, que constantemente las bate y socava;

grupo cuyo carácter complementan dos puentes de piedra, ojival el primero y de medio punto el segundo, puentes que dan paso, salvando las gigantes hendiduras del atrevido cuanto caprichoso perfil de aquellos peñascos, desde el castillo a Santa Ana.

Circundaba a Flavióbriga, cual si quisiera impedir su alejamiento del mar, gruesa y antiquísima muralla de mampostería, coronada en toda su extensión de una pared almenada, y, a trechos, volaban hacia afuera, formando parte de ella, robustos torreones en hemicírculo, coronados también de gruesos merlones.

Daban entrada a la villa las tres únicas puertas rasgadas en dicha muralla: la de la Barrera, la de San Francisco y la de Santa Catalina. El caserío trazaba dos calles principales, casi paralelas, de norte a sur, además de otras cuatro o cinco pequeñas, una de ellas sin salida, circunstancia a la que debe el nombre, pues así la llaman. Las casas de estas calles eran sencillas, sin uniformidad ni simetría, y las habitaban, en su mayor parte, los pescadores, aunque a espacios se mezclaban entre ellas bastantes de sólida construcción, edificadas en parte con sillares, y no faltaban entre estas últimas algunas que ostentaban los heráldicos escudos de sus dueños, entablados en el frontis de las fachadas principales.

Recorriendo entonces las calles de Flavióbriga, se veía en patente testimonio la destrucción y ruina que la entrada de los franceses a saco y fuego, el 11 de mayo de 1813, causó en la villa, al contemplar aquí y allá bastantes solares sin los edificios que antes los ocupaban.

A la parte zaguera de Flavióbriga había dos conventos, uno de franciscanos y otro de clarisas, llamados de San Francisco y de Santa Clara respectivamente. Cada uno de ellos, además de los anexos y espaciosos claustros, poseía una iglesia, cuya sencillez arquitectónica patentizaba el carácter propio de la clase de fundación por la que fué edificada, y así en la torre cuadrada sin chapitel, como en la única espaciosa nave y amplio coro de clausura, ambos templos guardaban suma analogía entre sí.

En el centro de Flavióbriga, sobre una arcada fronteriza a la Dársena, se veía la Casa de la Villa, o sea la Consistorial, con su plaza rectangular al frente, plaza limitada por edificios que, a semejanza del Ayuntamiento,

se basaban también sobre varias arcadas, formando un paseo cubierto llamado La Correría.

Un muelle de toscos sillares defendía a Flavióbriga de las iras del mar, partiendo desde la Barrera y prolongándose hasta enlazar con el del sur de la Dársena. Constituía ésta un polígono irregular, de superficie capaz para poder fondear en su recinto, en seguro abrigo, las embarcaciones de pesca de la villa y los pataches y bergantines que, de cuando en cuando, entran en ella, y cerraba su perímetro, además del muelle del sur, otro llamado del norte, que, arrancando en San Guillér, avanzaba hacia el primero, dejando sólo entre ambos estrecha gola, la estrictamente necesaria para dar paso a aquella clase de naves y conseguir al mismo tiempo la mayor quietud para las aguas interiores.

Daban acceso a la Dársena dos rampas y volaban en ella dos muellecillos, de los que especialmente se servían los marineros, presentando esta caía artificial caprichoso abigarrado aspecto, poblada de múltiples y variadas embarcaciones de pesca, entre las cuales se contaban algunas de mayor porte, que constituían entonces todo el comercio marítimo de Flavióbriga.

Al norte se internan las aguas del mar, formando una profunda ensenada circuida de peñascos acantilados, como la mayor parte de los de aquella costa, y coronada al occidente por varias casas, que constituyen un pueblecito agrícola llamado Urdiales.

Entre esta ensenada y la villa, cual si el mar hubiese querido dar a las enhiestas rocas que las separan infinita rusticidad, fragosidad y encanto, con el eterno formidable embate de sus olas, dejó aislado un peñón — hoy Isla de los Conejos —, en cuyo centro, no contento con socavarlo, abrió ancho boquete, donde las aguas que le envuelven, bañan y azotan pudieran, ora besarse, ora chocar entre sí, ora confundirse en espantoso torbellino, y, sin cesar en su trabajo, golpe sobre golpe, tras numerosos siglos de continuos embates, el mar abrió alto y profundo callejón, avanzando roca adelante hasta las primeras casas de la villa, a cuyo pie depositó, formando un pedregal, los innumerables cantos que arrancó con titánico esfuerzo, después de reducirlos a pequeños, redondos y pulidos guijarros, a fuerza de desgastarlos al hacerlos rodar constantemente.

Modelado el islote y la trinchera abierta, no descansó el océano; antes bien, con redoblada furia, perforó un túnel, penetrando rocas arriba, por debajo de ellas, entre callejón e islote. Allí arrancó peñascos, hendió rocas, arrastró tierras, descuajó lentiscos, y, tras llevarse todo por el socavón abierto, trituró las moles de piedra en las profundidades de sus revueltas aguas, y pequeñas, redondas, pulidas, las escupió por el túnel abierto, lanzándolas a la parte interior de los conquistados dominios, para formar así otro pedregal, donde sigue arrojando hoy día los restos de su descomunal demoledor trabajo.

En la parte superior de la sección de rocas comprendidas entre dicho pedregal, llamado hoy de Señá Santiago, y el callejón antes descrito — rocas que servían de atalaya a los pescadores — construyeron éstos una casilla y una cocina u hornillo abierto a pique del mar, donde guardaban la leña y encendían las *lajas* para las *novistas*.

Al sur, formando un lugar delicioso, se dibuja la playa, de trazo de herradura, adornada por los paralelos escalonados cachones que incesantemente se persiguen en sonoro murmurio hasta que mueren y desaparecen, sumiéndose entre los áureos granos de la menuda arena, y circunvalada de huertos y viñedos, hasta terminar el anfiteatro que la limita un rústico, pintoresco, afarrallonado promontorio, denominado Cotofino, a cuyo pie se pierde la ría de Brazo de Mar, después de serpentear por el vecino valle de Sámamo, entre praderas, robledales y sembrados, que alegría, fertiliza y ornamenta.

Al oeste, en primer término, huertos y viñedos cercados; éstos en forma de parra, tejida con estacas y varales de castaño, ligados con mimbres. Los huertos utilizaban para una de las paredes de cerco la muralla en toda la extensión que por aquel rumbo limita la villa. Detrás, también viñedos más extensos, pero abiertos, o, a lo sumo, cercados por seto vivo de espino y zarzamora. Después, la Peña, verdadero jardín rústico, entre cuyas albicantes calizas crecen espontáneamente el endrino, enebro, madroño y laurel, tapizándolas a trechos de verdes diminutas praderas, esmaltadas con brezos y florecillas silvestres.

Más allá, la calva sierra, con sus quebradas vertientes vestidas solamente por helechales y argomales, amén

de unos cuantos pinares, distantes entre sí, pero cuyo verde obscuro quiebra armónicamente la monotonía de aquellas prolongadas laderas.

Inviadiendo la sierra, suben a considerable altura las calizas de Allendelagua, en cuyo pináculo descansa sus artísticas ruinas, en las que aún se mira la ojival ventana festoneada de hiedra, el antiguo convento hospedería de los frailes de San Antón, impropriadamente hoy llamado castillo de los Templarios. Las lomas de aquella sierra continúan subiendo hasta perderse en la base del pico de Cerredo, que las corona dignamente, dibujando bajo el azul del cielo su agreste y arrogante cumbre.

Y al este de Flavióbriga, lo indescribible: el Cantábrico mar, profundo, inmenso; que tan pronto la arrulla dulcemente, cuando la fresca brisa del nordeste hace a las aguas acariciar rocas y muelles, como la dibuja, cuando, verdadero espejo de Dios, retrata la villa, la costa y el cielo; esos contados días que, adormeciéndose tan en calma, ni siquiera osa mover el musgo leve de las marinas algas que al peñón costanero crecen adheridas, o bien amenaza iracundo arrancarla de sus graníticos cimientos cuando, hinchando las tempestuosas ondas, aquel mar, ha poco terso, aletargado, en calma, semeja serie no interrumpida de móviles cordilleras, orladas de nieve, que avanzan veloces hacia la costa, que tal parecen las gigantescas olas en vertiginosa amedrentadora carrera, dando al huracán horrisono los blancos penachos de espuma, que en magnífica abundancia las coronan y festonean.

Tal era Flavióbriga, y en su recinto, respirando eternamente el acre olor a pesca, de que se hallaban impregnados calles y muelles, a fuerza de arrastrar pescado sobre ellos; oliendo el tufillo especial de la Dársena, el de las escabecherías, el de las bodegas, donde los marineros guardaban las carnadas y el *macizo*; el que despedían hasta las ropas de la mayor parte de los vecinos, y aspirando los salinos efluvios emanados de las moléculas de las marinas algas, que el aire difundía por los ámbitos todos de la villa, humedeciéndola con la tenue gasa del agua salada, completamente pulverizada por las olas, se creía uno en pleno mar de Cantabria.

La mañana del día siguiente a aquel en que empieza